

—Del Jabberwocky debes cuidarte, hijo.  
 ¡La garra que desgarró; la quijada que come!  
 Evita al pajarraco. ¡Guárdate, huye  
 Del basilisco y del lugar que él ronde...!—  
 Con firme mano empuña la tizona;  
 Hacia el monstruo feroz, valiente corre;  
 Lo observa y reflexiona, tras el tronco,  
 De un sicómoro enorme.  
 Y mientras permanece pensativo,  
 Viene el dragón rugiendo por el bosque.  
 Despide llamaradas por los ojos,  
 Y el cuello se le hincha como un odre.  
 ¡Uno, dos! ¡Uno, dos! Y la tajante espada,  
 Mandoble tras mandoble,  
 Corta de un tajo al monstruo la cabeza  
 Que cual trofeo, ante su madre expone...  
 —¿Al Jabberwocky has dado muerte, hijo?  
 ¡Temo que la alegría me trastorne!  
 ¡Recórcholis! ¡Caray! ¡Dame un abrazo!  
 ¡Qué día tan feliz! ¡Eres un hombre!...—  
 Era la queda, por entre las ondas  
 Las morenas lucían sus colores.  
 Las ninfas en el río, en el solar las pacas,  
 Refocilábanse. Un chambergo picaba caracoles.

—Parece muy lindo — dijo Alicia cuando hubo terminado —, pero es un poquito difícil de entender.

Como se ve, ni siquiera a ella misma quiso confesarse que no había entendido una jota.

—Me doy cuenta — prosiguió — de que me ha llenado la cabeza de ideas..., aunque no sepa exactamente cuáles son. Sin embargo, alguien mató a algo; eso está bien claro, sea como sea... ¿Pero en qué estoy pensando? — exclamó poniéndose de pie de un salto —. Si no me doy



Con firme ma